

LIBRO CUARTO

HISTORIA Y GOBIERNO DE LA GALIA DESDE EL SIGLO II AL IV

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA DE LA GALIA DESDE EL ADVENIMIENTO DE LOS FLAVIOS AL DE DIOCLECIANO (69-285)

I.—La Galia en tiempo de los Flavios, de los Antoninos, de los Severos y de sus sucesores (69-253).—II. La anarquía militar. La Galia separada del Imperio (253-273). La Galia después del restablecimiento de la ciudad romana (273-285).

I.—*La Galia en tiempo de los Flavios, de los Antoninos, de los Severos y de sus sucesores* (1).

El siglo que se inaugura con el advenimiento de los Flavios es con razón considerado como uno de los más venturosos que ha conocido la humanidad. Durante aquel período nuestra historia parece vacía, y sin embargo, nunca estuvo mejor ocupada que en aquel entonces. No ha habido época más fecunda ni más decisiva: la Galia trabajaba en silencio, en medio de una paz profunda; terminaba la construcción de sus ciudades y la roturación de sus landas y de sus bosques, y se romanizaba cada día más por su aspecto exterior, por sus instituciones, por sus costumbres y por su idioma.

Vespasiano había atravesado, en tiempo de Claudio, la Galia para tomar el mando de una legión en Germania primero y después en Bretaña. Continuó su carrera

(1) FUENTES.—Suetonio, *Vidas de Vespasiano, de Tito, de Domiciano*. Dion Casio, á partir del libro LXVI. La historia de Dion Casio termina con la muerte de Alejandro Severo. Herodiano, cuya historia comprende desde la muerte de Alejandro Severo hasta el advenimiento de Gordiano III. *Historia Augusta*, colección de biografías de emperadores desde Adriano hasta Carino. Herodiano y los autores de la *Historia Augusta*, son de citar para el párrafo 2, lo propio que los escritores siguientes, quienes además llegan á los capítulos II y III, entre los años 285 y 395. Aurelio Víctor, *De Caesaribus*. Se le atribuye también erróneamente el *Epítome de Caesaribus*. Eutropio, *Breviarium ab Urbe condita*. Rufius Festus, *Breviarium rerum gestarum populi romani*. Orosio, *Historiarum adversum paganos libri VII*. Lósimio, *Historia nueva*. Zonaras, *Crónica*.—Las fuentes literarias para los siglos II y III son poco abundantes y, salvo Dion Casio, muy mediocres. Las inscripciones van siendo raras á mediados del siglo III.

OBRAS DE CONSULTA.—Para el período de los Flavios véase el libro III, capítulo I, párrafo 3. Para los siguientes: Durr, *Die Reisen des Kaiser Hadrian*, 1881. Ceulneer, *Essai sur la vie et le regne de Septime Sévère*, 1880. Fuchs, *Geschichte des Kaisers Septimius Severus*, 1884. Jullian, *L'avenement de Septime Sévère et la bataille de Lyon*, «Revue historique», 1889. Hirschfeld, *Decimus Clodius Albinus*, «Historische Zeitschrift», 1897, y el suplemento á este artículo, «Revue épigraphique», 1899, página 27. Para los germanos y las invasiones en general, Wietersheim, *Geschichte der Völkerwanderung*, 1859-1864. Nueva edición por Dahn, desde 1880. Consúltese asimismo para los párrafos 2 y 3 y para el capítulo IV.

en Africa y en Siria, y una vez emperador é instalado en la capital (70-79), no se alejó más de ésta. Lo propio hizo su hijo Tito, que sólo reinó dos años (79-81) y á quien sucedió su hijo menor, Domiciano (81-96). 79

Había éste ambicionado en el año 70 dirigir la guerra contra los rebeldes galos y los bátavos; ausentes su padre y su hermano, que todavía se encontraban en Oriente, era entonces Domiciano el único representante en Roma de la familia imperial y soñaba con alcanzar, á su vez, su parte de gloria militar. La hostilidad de Muciano, que gobernaba en nombre de Vespasiano, no le permitió realizar ese proyecto, viéndose obligado á detenerse en Lyon, en donde su presencia no fué, por otra parte, inútil, puesto que contribuyó á precipitar la pacificación del país. Por segunda vez apareció en la Galia, en el año 83, bajo pretexto de presidir el censo, pero en realidad para disimular, con la excusa de esa operación, los preparativos de su expedición contra los catos, campaña que dirigió personalmente y cuyos excelentes resultados hemos visto anteriormente. 83

Los Flavios, en resumen, se dejaron ver muy poco en la Galia, á pesar de lo cual realizaron allí una labor considerable, asegurando la tranquilidad en el interior y en el exterior: en el interior sofocando los últimos fermentos sediciosos, y en el exterior haciendo retroceder á los germanos y oponiendo á sus ataques una línea de defensa fortalecida y rectificada. Finalmente extendieron el imperio de Roma y el dominio de su civilización ocupando los campos Decumates, colonizando Avenches y Spira y organizando las ciudades renanas (2).

En el año 97, Marco Ulpio Trajano fué nombrado por Nerva legado de la Germania superior y había tomado posesión de su mando cuando supo, en el mes de octubre del mismo año, que había sido adoptado por el emperador. Tres meses después, en enero del 98, murió Nerva, y Trajano tomó posesión del Imperio en la ciudad de Colonia, si bien no se dió gran prisa en volver á Roma. Conocía perfectamente aquella frontera; joven todavía había servido como tribuno en el ejército romano, y más tarde, durante el reinado de Domiciano, en 88, había ejercido el mando de las dos legiones que se sacaron de España para reprimir la rebelión del legado de la Germania superior Antonio Saturnino; nadie, por consiguiente, se hallaba en mejores condiciones que él para consolidar en aquel territorio los éxitos obtenidos por la anterior dinastía. Prosiguió la construcción del *limes* y desarrolló el sistema de vías de comunicación en la región anexionada; organizó la ciu-

(2) Libro III, capítulo I, párrafo 3. Capítulo II, párrafo 3.

dad de los suevos del Neckar (*civitas Ulpia Sueborum Nicretium*) y probablemente también la de los matiacos en el Tauno, y fundó las dos colonias Ulpianas, una enfrente del confluente del Lippe (*colonia Ulpia Trajana*), y otra en Nimega, en el país de los bátavos (*co-*

lonia Ulpia Noviomagus), continuando de esta suerte en la Germania inferior la obra emprendida por los Flavios en la Alta Germania (1). A fines del año 98 pensó en volver á Italia, mas no pasó por la Galia, pues antes le llamaban al Danubio graves intereses que absorbieron su atención durante cerca de diez años, viéndose luego obligado á emprender una excursión á Oriente.

Adriano (117-138) se destaca entre los emperadores de esta familia. Esos príncipes excelentes, sabios, prudentes, algo timoratos, esencialmente romanos, no se sintieron, en general, inclinados á ampliar los derechos de las provincias; aunque provincianos de origen

(1) Libro III, capítulo II, párrafo 3.



Tito. (Galería de los Oficios en Florencia.)

velación progresiva entre todas las partes del Imperio; era hombre de inteligencia cultivada, libre, abierta, con un fondo de escepticismo que no le impedía tomar muy en serio sus deberes de soberano. Viajero infatigable, recorrió las más diversas comarcas, estudiándolas como hombre de Estado y como curioso, enterándose con minuciosa solicitud de las necesidades de cada país y distrayéndose y recreándose con el espectáculo del mundo romano en su infinita variedad.

Llegado á la Galia en 121, encaminóse por el Este á la frontera germánica, que inspeccionó á fondo y en donde permaneció algunos meses, recorriendo una por una las plazas fuertes, haciendo maniobrar á las tropas, compartiendo las fatigas de éstas y dando á todos ejemplo de resistencia y de disciplina. De allí pasó á Breta-

ña, después de dar un rodeo por el Danubio, y á fines de 122 regresó á la Galia, visitando entonces la región occidental antes de pasar los Pirineos. En las monedas que mandó acuñar durante este doble viaje se titula «conservador» y «restaurador de las Galias.» Ignoramos cuáles fueron las medidas por él adoptadas que justifican este título, y únicamente sabemos que, como en todas partes, mostróse generoso en extremo. Tampoco conocemos el itinerario que siguió. En la pequeña



Domiciano. (Museo del Louvre.)

población de Apt, en Vaucluse (*colonia Julia Apta*), se conservó durante mucho tiempo un monolito con el epitafio en verso que él mismo compuso é hizo grabar sobre la tumba de su caballo favorito; este extraño monumento nos indica, por lo menos, que se detuvo en aquella localidad. En Nimes ordenó la construcción de una suntuosa basílica en honor de su bienhechora, la emperatriz Plotina, viuda de Trajano.

Nimes era la patria de Tito Aurelio Fulvo, abuelo paterno de Antonino, que fué adoptado por Adriano en 138 y le sucedió al poco tiempo (138-161); de modo que la Galia puede reivindicar como hijo suyo al más popular de los emperadores, al más querido, al que mereció dar su nombre á su dinastía y á su siglo. Antonino fué de carácter sedentario; ni antes ni después de su elevación al trono visitó la población en donde naciera el antepasado que fundara la fortuna de su casa; mas no por esto la echó en olvido, como tampoco olvidó á la provincia de que formaba parte. En aquella época fué cuando Nimes alcanzó el máximo de su prosperidad. El emperador mandó ejecutar grandes

obras de viabilidad en la Narbonense y contribuyó grandemente á la reedificación de Narbona destruída por un incendio.

Las admirables virtudes de Marco Aurelio no bastaron á evitar un principio de decadencia. Este reinado es célebre en nuestra historia por las persecuciones en que se ilustraron los mártires de Lyon (177) (1); mas estas odiosas escenas, indignas de tal soberano, pasaron inadvertidas, salvo para la minoría escasa que entonces constituían aún en nuestro país los cristianos, y el mismo emperador apenas paró mientes en ellas, preocupado como estaba por el importantísimo asunto de la guerra que desde el año 167 se venía sosteniendo con no pocas dificultades en el Danubio. Aquella guerra era la revelación del nuevo peligro que amenazaba á la frontera y que no había de tardar en adquirir una gravedad temible, gracias á los disturbios interiores. La rebelión de Avidio Casio, en 175, es decir, en tiempo de Marco Aurelio, era ya un síntoma alarmante, pues indicaba que no había terminado la era de las revoluciones militares; y la crisis que va á iniciarse ahora, á fines del siglo II y que llenará todo el siglo III, no fué otra cosa que una recaída más violenta de aquel antiguo mal. Después de Nerón hemos visto los primeros accesos de esta crisis; en lo sucesivo estos accesos se multiplicarán y se prolongarán hasta el punto de comprometer gravemente la unidad romana y la existencia del Imperio.

El siglo de los Antoninos había sido, en resumidas cuentas, un accidente; una circunstancia puramente fortuita había suscitado esta serie de soberanos excepcionales, que, por carecer de descendientes varones, habían tenido que adoptar cada uno de ellos al más digno. Marco Aurelio tuvo un hijo, y quiso la fatalidad que este hijo fuera Cómodo (180-193): el reinado de Domiciano había demostrado ya el peligro que entrañaba la herencia basada en los vínculos de la sangre; en un régimen en el cual la persona del príncipe lo es todo, todo peligrá cuando el príncipe no está á la altura de su misión.

Muerto Cómodo, reprodujéronse las rivalidades y las violencias; los pretorianos volvieron á ser los amos de Roma y los árbitros de los poderes públicos, y Pértinax, que se atrevió á sacudir su yugo, fué asesinado (marzo 193). Entonces prodújose un espectáculo inaudito: el Imperio fué subastado por los asesinos y adjudicado, como en pública venta, al mejor postor. Un rico senador, Didio Juliano, venció en aquella puja. En el entretanto, los ejércitos se agitaban en las provincias, pues ni su interés ni su orgullo podían conformarse con un príncipe impuesto por aquellos soldados que sólo servían para ostentarse en las revistas. Tres pretendientes surgieron á un mismo tiempo: Clodio Albino en Bretaña, Pescenio Níger en Oriente y más cerca de Italia Septimio Severo al frente de las legiones ilirias, á las que no tardaron en seguir las de Germania.

Septimio Severo, aprovechándose de su ventaja, encaminóse á Roma en donde con su sola presencia puso término al estado de cosas creado por los pretorianos (junio 193), conseguido lo cual dirigióse contra Níger,

(1) La historia del cristianismo en la Galia se tratará más adelante.

no sin antes haber halagado á Albino con vagas promesas y aun reconocídole, para mejor inutilizarle, el título de César, equivalente al de heredero presunto y que implicaba una especie de asociación al Imperio. Pero á fines del año 196, triunfante en el Bósforo y dueño del Asia, quitóse completamente la máscara y rechazó toda idea de partición y de inteligencia. Albino, por su parte, habíase hecho proclamar Augusto y fué á instalarse en Lyon mientras las tropas de Severo avanzaban por el Danubio.

La lucha de que iba á ser teatro la Galia no se reducía á un simple conflicto de ambiciones personales; encontrábanse frente á frente dos políticas cuya oposición no era nueva aunque nunca se había manifestado tan abiertamente. En el fondo lo que se disputaba era el sistema dualista organizado por Augusto y que subsistía aún en sus líneas esenciales, bien que quebrantado por diversos emperadores y sensiblemente desvirtuado por Adriano; era, en otros términos, todo lo que quedaba de la antigua República, la participación del Senado en el gobierno con la supremacía de Italia por corolario. Esta causa contaba con el favor de Albino, pero tenía en Septimio Severo el más intransigente adversario. Bien lo sabían Italia y el Senado, y por esto todas sus antipatías eran para el hombre que preparaba con la ruina de sus prerrogativas la preponderancia del elemento provincial y el advenimiento de los pueblos vencidos.

Albino había recibido, al parecer, con el título de César poderes que comprendían, además de la Bretaña, cuyo legado era, de la Galia y de España; pero lo verdaderamente cierto es que estos tres países, arrastrados por el mismo movimiento, como tan á menudo lo fueron en lo sucesivo, habían reconocido de grado ó por fuerza su soberanía. El ejército de que disponía estaba formado por las tres legiones británicas, la legión única afecta á la guardia de España y los 1.200 hombres de la cohorte urbana acuartelados en Lyon, y aunque estas fuerzas eran pocas, comparadas con las catorce legiones de Severo, Albino había podido, merced á algunas levás, restablecer el equilibrio y oponer á su adversario efectivos iguales á los que éste tenía á su disposición. Si hemos de dar crédito á Dión Casio, cada uno de estos dos contingentes se elevaba á 150.000 hombres por lo menos.

Sería interesante saber con certeza qué opinaban los galos; por lo que de ello conocemos, bien puede afirmarse que sus opiniones estaban muy divididas. Albino encontró entre ellos partidarios, ya podemos suponer entre qué clases, entre aquellas aristocracias locales que por una especie de afinidad natural, tal vez también por vanidad, se complacían en considerarse solidarias de la gran aristocracia romana; y aun entre las poblaciones más profundamente romanizadas, las mismas que en otro tiempo, durante una crisis que ofrecía muchos puntos de contacto con la presente, se habían pronunciado por Galba y por Otón. Pero Septimio Severo encontraba asimismo simpatías: algunos años antes, durante el reinado de Cómodo, en 187, había sido legado de la Lyonense en donde se había hecho querer por la integridad y la energía de su administración. La Galia era en aquella época presa de desórdenes que se nos presentan ya como el preludio de la sedición de los

bagaudos (1). A las órdenes de un tal Maternus habíanse juntado cuadrillas de desertores y vagabundos que acabaron por constituir un verdadero ejército y cuyas devastaciones extendíanse hasta España. No contentos con saquear los campos, aquellas bandas de malhechores penetraban en las poblaciones, abrían las cárceles y llamaban á sí á todos los criminales y gentes desalmadas que éstas encerraban. Septimio Severo fué encargado de destruirlas, siendo para ello investido de



Traiano. (Camafeo del Gabinete de Francia.)

una autoridad que traspasaba las fronteras de su provincia y consiguiendo rechazarlas al otro lado de los Alpes, á Italia, en donde fueron destruídas. Era, por consiguiente, imposible que el recuerdo de tales hechos no redundara en favor suyo cuando reapareció en la Galia como emperador, aun en el caso de que sus tendencias bien conocidas y su notoria parcialidad para con los provinciales no hubieran sido el mejor argumento en pro de su causa.

El siguiente curioso episodio demuestra las favorables disposiciones, por lo menos de una parte de la población. Un tal Numeriano, simple maestro de escuela de Roma, á quien todos estos acontecimientos se le habían subido á la cabeza, concibió la extraña idea de representar en ellos un papel, y dejando á sus alumnos y su rudimento, marchóse á la Galia, hízose pasar allí por legado de Severo y reclutó para éste tropas que prestaron verdaderos servicios. Terminada la guerra, descubrió su superchería al emperador y no quiso admitir

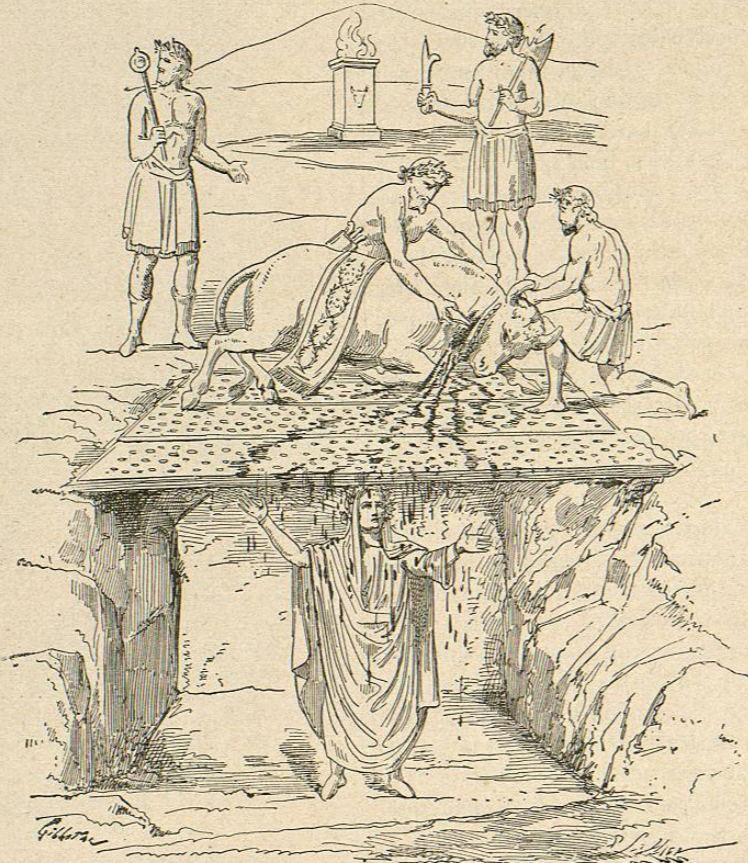
(1) Respecto de los bagaudos, véanse el capítulo IV, y libro V, capítulo III, párrafo 2.

otra recompensa que una pensión módica. Esta aventura, que tanta luz arroja sobre el estado de perturbación en que entonces se encontraba la Galia, no se comprendería si el nombre de Severo no hubiese sido popular entre un gran número de galos.

Severo penetró en la Galia por los territorios de los helvecios y de los secuanos, y aunque los primeros combates le fueron adversos, obtuvo una victoria en la **197** batalla decisiva, librada en 19 de febrero de 197 al Norte de Lyon, al extremo de la meseta que termi-

da; pero esas ceremonias taurobólicas requerían gran pompa y gran afluencia de gente (2).

Nada retenía ya á Septimio Severo en la Galia, así es que un mes después, mientras sus lugartenientes perseguían en España y en la Nórica á los restos de la facción, él hacia su entrada en Roma, rodeado de un aparato formidable y resuelto á completar su triunfo con el aniquilamiento del Senado. Allí, en la curia, estaban los verdaderos vencidos de aquella guerra. Sesenta y cuatro senadores fueron acusados como reos de lesa ma-



Sacrificio taurobólico. (Restauración por M. de Boze.)

na en el barrio actual de la Croix-Rousse. Albino se refugió en la ciudad y en ella se dió muerte; tras de él entró el enemigo, y quizás á consecuencia de una lucha en las calles ocurrieron las escenas de saqueo y de incendio de que nos habla el historiador Herodiano y que fueron el primer golpe asestado á la prosperidad de la capital de las Galias. Severo no perdonó á sus adversarios, pero sus rigores alcanzaron especialmente á los miembros de aquellas aristocracias que le habían sido particularmente hostiles. No se sabe que ni en Lyon ni en otra parte alguna ordenara ejecuciones en masa (1); de todos modos la calma quedaba allí restablecida desde los primeros días de mayo, como lo prueba un ara erigida en aquella fecha en conmemoración de un sacrificio ofrecido á Mithra por la salud del emperador y de los suyos; el sacrificio era debido á la iniciativa priva-

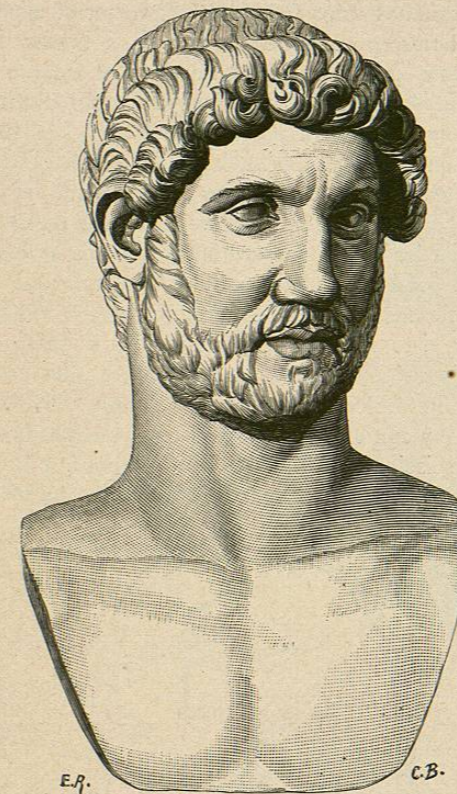
(1) Es posible que los lyoneses sólo se vieran lastimados en sus intereses, es decir, sometidos al impuesto. Unger, *De censibus provinciarum romanarum*, 1887, pág. 62. Hay motivos para creer también que Septimio Severo estableció en Lyon una guarnición de veteranos. *Revue épigraphique*, 1899, pág. 29.

jestad y cómplices de Albino, siendo veintinueve de ellos enviados al suplicio.

Septimio Severo (193-211) reanudó con más violencia el pensamiento de Adriano. Sus enemigos, tomando por pretexto su origen púnico y aquel acento de que jamás pudo desprenderse, fingían ver en su reinado el desquite y como el triunfo póstumo de Aníbal y de Cartago; sin embargo, le calumniaban, pues nadie mejor que aquel africano comprendió y amó la obra llevada á cabo por el genio de Roma. Mas como desde hacía mucho tiempo las provincias contribuían á esta obra tanto y más que Italia, juzgó equitativo que al fin pu-

(2) *Corpus inscript. lat.*, XIII, 1754. Otro taurobólo había sido ofrecido anteriormente, en 194, en la misma ciudad, para asociar en un mismo testimonio de homenaje á Septimio Severo y á Albino, considerados entonces oficialmente como colegas. *Id.*, 1753; posteriormente el nombre de Albino fué borrado de este monumento á martillazos. Respecto de los sacrificios taurobólicos véase el libro V, capítulo II, párrafo 3.—Septimio Severo fué quien en las piedras miliare de las tres provincias que señalaban las distancias á lo largo de los caminos substituyó la milla romana con la *leuga* ó legua gala.

dieran aquéllas recabar todos los beneficios de la misma, y por esto su gobierno tuvo por objeto esencial la asimilación de Italia y de sus provincias. Tal resultado sólo á la larga podía conseguirse, y mucho era ya acercarse á él: el edicto que en tiempo de Caracalla, hijo y



Adriano. (Museo del Vaticano.)

sucesor de Severo, extendió á todos los provincianos el título de ciudadano no fué sino una aplicación de los mismos principios, el coronamiento, por decirlo así, de la política paterna.

Esta política iba necesariamente dirigida contra el Senado y la desgracia estaba en que éste, en medio de su decadencia, representaba todo lo que quedaba del poder civil, de modo que atentar contra él, consumir su descrédito y su ruina equivalía á suprimir el último y débil obstáculo que aún se oponía á la omnipotencia del ejército y á preparar, por una consecuencia inevitable, la ruina del ejército mismo.

Los historiadores romanos han censurado á Severo por haber destruído la disciplina, y aun cuando la censura resulta sorprendente tratándose de un soberano tan autoritario, en realidad estaba justificada, si no para el presente, á lo menos para el porvenir. El sistema descansaba por completo en el ejército de una parte, y de otra en un cuerpo de funcionarios salidos del orden ecuestre, porque á la decadencia del Senado como asamblea política seguía el desposeimiento de los senadores como funcionarios, siendo invadidos cada vez más por los caballeros los cargos que les habían estado reservados. Este personal, invadido á su vez por los oficiales retirados, no era en el fondo más que una emanación y un desdoblamiento del ejército, de suerte que éste, en último término, venía á ser el único sostén del Estado. No se necesitaba tanto para que se creyese autori-

zado á disponer de él á su antojo: las costumbres militares eran malas, los soldados sabían batirse, pero el uso de las gratificaciones, del *donativum*, que había alcanzado inusitadas proporciones, excitaba su codicia. El peligro estalló en toda su intensidad al desaparecer el hombre que, bastante imprudente para crearlo, no se había sentido suficientemente fuerte para contenerlo. Hasta entonces, excepción hecha de Pertinax, los peores emperadores eran los que habían sucumbido en las sediciones; ahora el más honrado es el que se halla más expuesto, y si hace algún esfuerzo para volver á sus tropas á la senda del deber, surgirá un ambicioso que las amotinará contra él, á riesgo de ser á su vez derribado poco después por un nuevo atentado.

Un ejército de tal espíritu animado era más temible para sus propios jefes que para el extranjero, y sin embargo, nunca como entonces había necesitado Roma vigilar sus fronteras. En Oriente, el advenimiento de los Sasanidas al trono de Ciro, en 227, despertaba los ardores religiosos y conquistadores del antiguo Irán; y por desastrosa coincidencia, en aquella misma época volvía á mostrarse amenazadora Germania.

Había permanecido ésta tranquila desde los tiempos de Domiciano y Trajano; pero á fines del siglo II comenzó á agitarse otra vez, empujada por pueblos nuevos ó poco conocidos hasta entonces y que figurarán en primer término en lo sucesivo. Desde el reinado de Marco Aurelio, los longobardos, los vándalos aparecen mezclados con los marcomanos en el gran asalto dado sobre la línea del Danubio. En el año 215, en tiempo de Caracalla, los godos luchan contra las guarniciones de la Dacia; en 238 se presentan en la península de los Balcanes y no está lejos el momento en que penetrarán hasta el corazón de Macedonia (251) y llegarán á las costas del mar Egeo.

Todos esos pueblos eran de origen septentrional; todos procedían de las costas del Báltico, de las cuencas del Elba, del Oder ó del Vístula, y el movimiento que



Antonino. (Piedra grabada del Gabinete de Francia.)

de Norte á Sur los empujaba no podía menos de producir una especie de remolino hacia el Rhin. La Galia volvió á ver durante el reinado de Marco Aurelio lo que no había visto hacía mucho tiempo, su suelo pisado por los bárbaros. Los catos, al precipitarse sobre la Recia,